repetian los cánticos de los trabajadores y el constante ruido de las máquinas de vapor. Tanto bien me tenia admirado; pero lo que mas me sorprendió fué el inmenso impulso que da á todo el pais la cria de un insecto. Desde el mediodía al norte, desde las fronteras de la Italia á las volcánicas montañas del Vivarés, un gusano excita en todas partes la actividad. En Aviñon, en la Isla, en Vaucluse se devanan sus capullos, en Normandía los dedos prácticos de las mujeres plegan sus hilos en lijeros palillos, y tejen mil dibujos graciosos en las aéreas mallas de nuestras blondas. Con estos mismos hilos se tejen en Saint-Étienne cintas que se despliegan luego en todo Europa, al paso que en Nimes se fabrican telas que hacen un ruido y brillan como los metales. En Lion, mi cara patria, se transforman en ricos terciopelos, en gasas transparentes como el aire y brillantes como el nácar, en saetines, en lustrina y en damascos. En Paris, finalmente, la seda compite con el pincel, llegando á reproducir en suntuosas tapicerías los cuadros de los pintores mas célebres. Pero ¿qué son todas esas obras maestras del arte, esos prodigios de la industria, en comparacion de los bienes que prodiga á la Francia naturaleza? Allí se encuentran todos los climas, allí todos los cultivos; en el mediodía el olivo, el limon, el naranjo; en el norte el alerce y el pinabete, que son los dos extremos de la cadena botánica. Los árboles de la Persia, y de las dos Américas, se confunden con el olmo feudal y con las encinas de la antigua Galia; los aromáticos frutos del Asia con el manzano indígeno; la flora entera de Oriente con la humilde viola, con nuestras coronas de acianos, con los ramilletes campestres de la margarita y de la misteriosa

verbena. Así cubren la Francia las producciones del nuevo mundo y los tesoros del antiguo. De lo alto de sus costas, plantadas de viñas, manan eternamente copiosos torrentes de vino, que se distribuye á todos los pueblos; al paso que en sus espaciosas llanuras las mieses mecidas por el viento ondean como las olas del mar.

A la vista de tanto bien salta mi corazon de alegría y exclamo: ¡Adorada patria mia! ¡tierra feliz! todo lo posees, todo lo tienes, riqueza, inteligencia, libertad. ¿Puede hallarse en el globo un espectáculo comparable á tu gloria? tú te desnudaste de tus supersticiones y de tus vicios, como se desnuda el hombre de un vestido andrajoso: fuera sociedades ó corporaciones inútiles, fuera derechos feudales, no mas servidumbres corporales, no mas cadenas, no mas castas que se miran con desprecio, no mas provincias rivales y celosas; en tu seno veo un solo pueblo, y en ese pueblo una sola familia. Y hablando de esta manera, parecíame á cada paso oir el himno de gratitud que cantaba en el fondo de mi corazon.

Pero ¡ah! se me cae la pluma de las manos: en esa tierra de promision, en medio de esas familias colmadas de los bienes que hacen fácil y grata la vida, al llegar á la prueba, hallé que los niños, esas criaturas lijeras é indiferentes como los pájaros del cielo, eran los únicos verdaderamente felices. El resto de la poblacion, jóvenes y viejos, ciudadanos y aldeanos, parecian corroidos de un mal interior que ni un momento les permitia de descanso. Desde sus campiñas el labrador echa á las ciudades una ojeada de desprecio y de envidia, el rico desde el seno de sus parques y de sus jardines pregona miseria y desola-

cion; el mercader se queja de su comercio, el artesano de su salario, el banquero de la política, todos de su posicion social. A proporcion que se va subiendo, son mas duras las palabras, mas fuertes las murmuraciones: la incredulidad se ha metido en las cosas de la tierra lo mismo que en las del cielo: el médico no cree en la medicina, el juez en las leyes, el sacerdote en la religion, el soldado en la gloria, el jóven en el amor; ni los mismos reyes creen tampoco en la majestad; y el disgusto, que va carcomiendo todas las almas, las precipita en ambiciones desesperadas.

De esta manera la queja anda mezclada con la abundancia, y la abundancia con la queja; ¡triste cuadro de nuestra época! La Francia, este industrioso pueblo, que poco ántes se me presentara como una gran familia, me pareció un ser miserable, que, cubierto de ricas telas, ocultaba asquerosas llagas, y el vicio profundo del aburrimiento disfrazado bajo el brillo de una alegría aparente. Mi admiracion habia cesado, y una compasion activa y ardiente se apoderó de mí. Quise buscar la causa del mal, y creí haberla descubierto en la falta de instruccion y de reposo. ¿Qué medio habia para proporcionar este último? inventar máquinas que supliesen las fuerzas del hombre. ¿Y para generalizar la instruccion? inventar métodos, facilitar la enseñanza, multiplicar las escuelas, los periódicos y los libros. Jóven entónces, y lleno de buena fe, me puse á trabajar. Habiame aplicado á algunos estudios que me preparasen para entrar en la escuela politécnica, de la cual algun tiempo despues Luis XVIII me nombró catedrático de la historia de Francia, de la historia del pais, porque el rey legislador queria dar una instruccion nacional á esta

grande escuela. Reforcé, por decirlo así, esos instructivos estudios, haciéndome geómetra, mecánico, químico, y hasta economista. Apoderéme de todas las invenciones nuevas, las perfeccioné, las multipliqué: en mi imaginacion, cubrian la Francia caminos de hierro, y los campos se cultivaban con facilidad. Tenia máquinas para desmontar los bosques, máquinas para labrar la tierra; con un poco de carbon y algunas gotas de agua alumbraba las ciudades, daba lijeros caballos á los carruajes, alas á nuestros buques, dedos á nuestra maquinaria; haciéndola hilar, tejer, fraguar, imprimir, andar; y produciendo simultáneamente, cual un ser pensador, alfileres, papel, cañones, vestidos, muebles, todo ello sin interrupcion y sin fatiga: pues, miéntras el vapor trabaja, descansa el hombre y goza.

Hallado el descanso, faltaba dirigirlo de modo que redundase en utilidad de la inteligencia, estudiar los sistemas de educacion, los métodos de enseñanza, sustituir las ideas nuevas á las ideas antiguas, propagar el método de Jacotot, de Fourier, la enseñanza mutua hasta entre los hermanos ignorantinos (1).

Para esto me bastó seguir el movimiento general: los hombres mas ilustrados de la época se dedicaban entónces á la instruccion popular; uníme pues á todos sus pensamientos, adopté todos sus sistemas: abriéronse millares de escuelas, y la instruccion primaria, de las ciudades se comunicó á las aldeas, graciosa y risueña, cual vemos en un bello dia salir vestidos de fiesta los habitantes de las ciudades y diseminarse á lo léjos en el campo.

(1) Llámanse así en Francia los hermanos de una congregacion titulada de Jon, que tienen á su cargo escuelas elementales.

Pero no bastaba enseñar al pueblo á leer; si no se le daban libros, no se conseguia el objeto. Inventamos pues las bibliotecas comunales, las ediciones compactas, el libro de las chozas, y los clásicos que tratan del modo de cuidar de una propiedad reducida: invenciones de mérito, pero sin embargo, inferiores á la de los almacenes pintorescos y de la enciclopedia á doce maravedises.

En tal estado, consumido por el trabajo, y viendo mi salud por momentos mas decaida, se apoderó de mí una inquietud que me atormentaba, y empecé á temer que no gozaria del árbol que regara con tantos sudores. ¿Podia conformarme á morir, hallándome en la víspera de ver coronados mis afanes? ¿Podia conformarme á renunciar ver la Francia regenerada y feliz? Llamé pues á mi médico, sugeto de juicio y conciencia, y enseñándole el monton de papelotes de que estaba rodeado, le expuse detalladamente la causa de mi mal, mis proyectos, mis esperanzas, mis temores y mi vida consumida por el trabajo. Al principio me escuchó con muchísima atencion; y luego, interrumpiéndome repentinamente, y dándome una mirada entre compasiva y burlesca:

¿Y á qué diablos, me dijo, aspirais con todo eso?

—A hacer la felicidad de la Francia.

—Ya estoy; pero para conseguirlo, se necesitan empleos, poder, dinero, una posicion elevada en la sociedad....

—Nada de ello, Doctor.

—¡Qué! ¿no teneis ambicion?

—No, Doctor.

—Si así es, tranquilizaos, la enfermedad no es grave; y bastará para curarla un poco mas de descanso, y el aire puro del campo.

Fuíme pues á vivir á dos leguas de Versalles, al extremo de una llanura inmensa, cuyas doradas mieses brillan sin interrupcion y sin sombra. Aquí la llanura forma una profundidad y se divide; allí se abre como por encanto una cordillera de alegres valles, cuyas verdes praderas se prolongan al infinito entre dos colinas cultivadas con esmero y coronadas de inmensos bosques de castaños. Elévase al pié de ellos la hermosa aldea de Chateaufort, con su campanario campestre, sus dos túmulos ó sepulcros galos, construidos como dos baluartes debajo de las pintorescas ruinas del castillo de *Hugo el cadáver*, y en medio de todo esto se halla una casita sencilla, muy sombría, en extremo rústica, en que vive una familia que aun conserva las costumbres del tiempo patriarcal, y en la que la amistad me ofrecia un asilo.

Viví en ella dos años largos, procurando por mi salud, pero embebido en mis proyectos, asociándome á todos los trabajos de las sociedades filantrópicas que tendian á difundir conocimientos útiles, y alentando á mis amigos á que continuasen la grande obra de la regeneracion universal. Por fortuna no se pasó largo tiempo sin que se palpasen resultados, pero estos fueron en razon opuesta á mis esperanzas. Cuanto mas se extendia la instruccion, mayor era la falta de conveniencias. La ciencia irritaba en vez de templar; y no podia negar el mal, pues que ni en mi soledad me dejaba en paz. En el delicioso pueblo en que vivia, en el cual una escuela perfectamente montada reunia todos los adelantos del siglo; en ese pueblo, digo, cuyos habitantes sabian todos leer, y cuyas conveniencias y reposo parece hubieran debido aumentar un tanto al paso que la instruccion, no se

oian mas que quejas y gemidos. Algunos ancianos, aunque en corto número, echaban á ménos al señor del lugar, que una vez al año daba su mesa á su arrendador; otros ménos vanos se lamentaban de la desaparicion de los frailes que daban la sopa en la puerta de sus conventos. A los mas ricos no les sentaba bien ver en el valle los parques suntuosos de dos ó tres banqueros; la clase mas pobre tenia envidia á los ricos, y aspiraba al reparto de las tierras, á la abolicion de las contribuciones, y queria república. Jóvenes en fin, apénas salidos del colegio, decian que la ciencia y la sensatez databan de su tiempo, que la patria era la juventud: siendo para ellos todo lo demas profundamente despreciable. Veia en ello como una miniatura de la Francia.

Ahí tiene V., decia para mí, una dolorosa experiencia, y que podrá dar que pensar á los amantes del progreso. Acabo de palparlo: á medida que la inteligencia aumenta sus riquezas, se empobrece la moralidad, y en las cabezas vacías nacen con el pensamiento el sofisma y la envidia. De este modo no habia comprendido la situacion de la Francia, ó habia equivocado el remedio: veíame aturdido. En el primer ímpetu no hallaba consuelo sino en los extremos opuestos: queria quemar los libros, rasgar los periódicos, destruir la industria y desarraigar el árbol fatal de la ciencia. Llegué al extremo de pensar que lo que se llama pueblo, es decir, el linaje humano, á excepcion de algunos seres privilegiados, está eternamente destinado á la bajeza y al error; que los déspotas hacen bien en aterrorizar á un animal tan indócil, excluyéndole con razon del número de los seres que discurren; que solo encadenándolo en la ignorancia y en la miseria, pueden dominarse sus pasiones desenfrenadas, y que como á los brutos debe domársele por medio del hambre y del miedo, toda vez que no quiere, como los ángeles, ser feliz por medio de la inteligencia y de la ilustracion.

Lleno de estas ideas, iba cual otro Maquiavelo, reduciéndolas á sistemas, cuando una circunstancia singular me obligó repentinamente á modificarlas. En lo mas profundo del valle, á la izquierda, existe aun hoy dia una hermosa casa, tan bien situada, que los bosques, las colinas, los pastos y los cortijos que la rodean, parecen la fábrica natural de su parque y de sus jardines. Al lado de esta casa, un poco mas arriba de un arroyo, hay la escuela del pueblo, bastante cómoda, y cuyo modelo se halla únicamente en una de las novelas de Augusto Lafontaine; en frente hay un puente que domina un molino construido para recreo de la vista y entretenimiento de los pintores; y finalmente una capillita, en que descansa bajo una lápida sencilla la señora del lugar, que falleció en lo mejor de sus años, pero cuya piedad y belleza dejaron gratos y duraderos recuerdos entre aquellos vecinos. Aquel grupo de árboles, de casas y de pabellones, y dos torrejoncillos góticos que se ven en el bosque, forman un punto de vista encantador en medio de la mas profunda soledad, porque solo transitan por aquel camino las pesadas carretas de los leñadores, y los rebaños que al fin del otoño van á pastar en aquel valle.

Advertido por la campana de la iglesia, iba á oir misa en ella todos los domingos. Grato espectáculo era para mí, ver las aldeanas en su traje sencillo, encaminarse al propio lugar en la misma hora, y de todos

los puntos del valle, al traves de los prados; digo las aldeanas, porque en los cortijos los hombres no van á la iglesia. Sin embargo algunas veces solia tener un compañero. Era este un venerable anciano, cuya devocion ardiente é ingenua no acertaba á dejar de admirar. A pesar de lo grosero de sus vestidos y de cierto exterior de miseria, toda su persona expresaba la calma, y por un atractivo inexplicable esta calma se comunicaba de su alma á la mia, á medida que le iba contemplando. Este hombre dispertó mi curiosidad; informéme, y supe al instante que vivia de limosna. Viejo ya, me dijeron, se le han muerto dos hijos que hubieran sido el báculo de su vejez: el uno falleció en Beresina, el otro en Waterloo; y su madre bajó despues de ellos al sepulcro. Así, viejo y solo, no puede trabajar; pero el dueño del castillo le ayuda un poco, corriendo lo demas á cargo del comun. Alentado con estas noticias, me fuí á él ofreciéndole un corto auxilio.

« V. necesita, le dije, un vestido que le abrigue algo mas; el invierno será riguroso, y es prudente prepararse con alguna anticipacion. »

Levantó hácia mí sus ojos, y mirándome con faz serena, « ¿y porqué, me dijo con voz conmovida, he de pensar en ello, cuando Dios confia este cuidado al corazon de buenas personas?

Este sí, dije para mí, que puede decirse un hombre resignado, no puedo resistir al deseo de enterarme de su modo de vivir y del número de sus ideas.

¿Sabe V. leer? le dije.

— Sí señor. En mi niñez me enseñó el párroco de mi pueblo, hombre muy de bien, que se complacia en enseñar á los niños.

— ¿Y tiene V. libros?

— ¡Oh! á mi edad no se lee, se ruega.

— Es decir que V. ruega con frecuencia.

— ¡Es tan gran felicidad el rogar! al anochecer, sentado en la puerta de mi humilde cabaña, que se descubre allí, debajo de los castaños miro como el sol camina á su ocaso, y digo: ¡Padre nuestro!

— ¿Y esta es toda la oracion de V.?

— ¿Y hay otra que llene mas el corazon? Padre nuestro! muchas veces, despues de haber pronunciado estas palabras, me detengo; y al ver los rebaños que vuelven de los campos para alimentarnos con su leche, al ver el sol que se levanta y se pone en el valle, bendigo su calor que hace crecer la yerba de nuestros prados y los frutos de nuestros campos. Entónces conozco cuan verdadera es mi oracion, y me bastan para ocuparme toda la noche estas palabras: ¡Padre nuestro!

— Y cuando el tiempo es malo ¿qué hace V.?

— Miro al cielo, veo los nubarrones que lo atraviesan y que vienen no sé de donde, impelidos por el viento, caminando sin ruido y derramando acá y acullá, cual si fuesen regaderas, la lluvia en las llanuras que reverdecen, dándonos pan, manteca, miel, ni mas ni ménos que si Dios mismo nos pusiera estos frutos en la mano: ¡Ah! Padre nuestro que estais en los cielos, viviréis eternamente! los hombres no pueden quitaros la vida, como lo hicieron á mis pobres hijos! »

Al decir estas palabras se inundaron de lágrimas sus ojos, inclinó la cabeza, y oí que decia entre dientes algunas palabras, cual si continuase una oracion.

Mi pobre Bertran, renuso despues de un momento

de silencio, era el mas jóven y murió en Waterloo, clamando: viva el Emperador! ¡Ah! si hubiese dicho: Viva nuestro Padre que está en los cielos! viviria tal vez aun! y tal vez no habria perdido á mi pobre mujer, que fué á unirse á él en la tumba! Pero tal fué la voluntad de nuestro Padre; y yo le bendigo, añadió, enjugándose las lágrimas, pues ha reemplazado á mis hijos con tantas buenas personas.

— Vive V. demasiado solitario en el fondo del valle; ¿porqué no se acerca V. mas al pueblo?

— ¡Ah! replicó, no acierto á dejar mi casa; en ella nacieron mis hijos, en ella murió su madre: ademas, como dice nuestro párroco, el que puede hablar á Dios, no está jamas solo.

— ¿Y se halla V. contento con su suerte?

— ¡Y cómo pudiera no estarlo! Dios no me ha abandonado jamas.

— ¡Oh! buen hombre, exclamé, V. merece ser todavía mas feliz! Tenga V., tome V. este dinero y ruegue por mí, por mí que, aunque sometido á ménos pruebas, no osara llamarme tan feliz como V.

¿Y que tal vez se ruega por dinero? dijo conmovido, apartando con su mano trémula el don que le presentaba.

Conocí que le habia ofendido.

Perdóneme V., le dije, he querido como los hombres hacer un don interesado.

Al decir estas palabras, cogí sus piadosas manos, que apreté con un santo respeto. Despues me aparté con un corazon plenamente conmovido; y al alejarme oí que me decia: « ¡Oh! V. es un hombre de bien, yo rogaré á Dios por V. y tambien por sus hijos, si es que los tiene que no sepan todavía rogar. »

Cuentan que una noche, saliendo de su observatorio el célebre astrónomico Tycho-Brache se halló de improviso rodeado de una multitud tumultuosa que llenaba la plaza pública. Habiendo indagado la causa de tan considerable afluencia, le hicieron ver en la constelacion del cisne una estrella brillante, que él con los mejores telescopios no habia divisado jamas. Ahí tiene V. una de las casualidades que humillan á los sabios, é ilustran la ciencia. Mi situacion se parecia bastante á la de aquel grande astrónomo. Un simple aldeano acababa de enseñarme la estrella que inútilmente buscara durante tantos años.

Sí, me habia engañado: ni la industria, ni la ciencia, ni las máquinas, ni los libros pueden hacer feliz una nacion: estas cosas son sin duda útiles en su clase, y el legislador debe cuidar de propagarlas y de multiplicarlas; pero, si satisfecho con haber desarrollado la inteligencia, parte terrestre del hombre, descuida el desarrollo del alma, esencia divina de la humanidad, en lugar de un pueblo feliz, se verá rodeado de una multitud inquieta en sus pasiones desenfrenadas, de una multitud trabajada por la doble necesidad de elevarse y de conocer, y cuyo sublime instinto es su propio suplicio. La habeis dirigido hácia la tierra; se ha aficionado á ella, en medio de las riquezas y de los placeres que se acaban. ¿Porqué no le abristeis el camino del cielo? El alma se hubiera reconocido sorprendida al descubrir en fin el objeto de sus deseos, que han sido engañados, de sus ambiciones que han sido descarriadas. Todo lo que tranquiliza el corazon, todo lo que engrandece la humanidad nos viene de lo alto.

Deseais felicidad, poder: tambien estos estan en lo alto. El pueblo mas instruido, si no es al mismo tiempo

el pueblo mas religioso, no será jamas un pueblo-rey.

De este modo el ejemplo del anciano, feliz en medio de su miseria, tranquilo en medio de sus aflicciones, me habia conducido al orígen del bien y del mal.

Nuestras pasiones terrestres son el árbol de la ciencia, y nos materializan, si el alma no las diviniza.

Entónces conocí la razon porque los desarrollos aislados de la inteligencia habian aumentado el mal, en vez de destruirlo. ¡Qué espectáculo tan terrible el de un pueblo vigoroso, activo, bregando contra las murallas de bronce de la falsa gloria, de la personalidad y del egoismo! Y nosotros presentamos al mundo este espectáculo, porque no tenemos opinion religiosa; y la opinion religiosa nos falta porque las madres han dejado de depositarla en la cuna de sus hijos.

Esta verdad ha sido el objeto de nuestras meditaciones, y nos ha inspirado la obra que se va á leer.

LIBRO PRIMERO.

INFLUENCIA DE LAS MUJERES.

NECESIDAD DE SU EDUCACION.

CAPÍTULO PRIMERO.

DE LA INFLUENCIA DE DESCARTES EN LA EDUCACION DE LOS PUEBLOS.

El genio crea, el vulgo consagra.
(CECILIA FEE. *Pensamientos*, p. 123.)

Empiezo á advertir que en este mundo lo único que hay bueno es la virtud. Estoy harto de vicios, cuyas variedades he probado hasta lo sumo.
(LORD BYRON, Extracto de una de sus cartas citadas en sus *Memorias*, t. I, p. 526.)

MUCHA lentitud lleva en formarse nuestro siglo. Hace ya cuarenta años que disputamos, y aun no hemos decidido cosa alguna: no parece sino que el generoso impulso que se ha dado á los espíritus, ha servido tan solo para dividirlos. Discutimos de todo ántes de haber sentado principios sobre cosa alguna, y las reglas de la moral, no ménos que las delicadezas del gusto y que las doctrinas de la filosofía, han dejado de ser leyes á medida que se han ido convirtiendo en opiniones. No, ¡jamas el espíritu humano